

Marius Daniel Popescu

LA SINFONÍA DEL LOBO

Traducción del francés

Juana Salabert



Madrid, 2013

Título original francés: *La Symphonie du Loup*

© de la obra: Librairie José Corti, 2007

Publicado en 2007 por primera vez en Francia por José Corti

© de la traducción: Juana Salabert, 2013

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.es

www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: septiembre de 2013

fundación suiza para la cultura

prohelvetia

Este libro ha sido publicado con la ayuda de PRO HELVETIA,

fundación suiza para la cultura.

Corrección externa: Lorenzo Rodríguez Garrido

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: FA

ISBN: 978-84-939750-5-0

Depósito Legal: M-24953-2013

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

A Jean-Louis Kuffer, el Papillon (la mariposa)

Tenía casi cincuenta años, buena parte de sus cabellos eran blancos, nos dejó dos días después del accidente. Esos dos días los pasó en coma, en el hospital donde le operaron la cabeza. Sus cirujanos decían que tenía posibilidades de sobrevivir. Le habían intervenido una parte del cráneo. Le pidieron a su mujer un permiso por escrito para la operación. Ella firmó el consentimiento, la aceptación de los riesgos de la cirugía. Se habían casado hacía dos años. Vivían en una casa pequeña, junto con la hija de ella, nacida de su primer matrimonio, su madre y su abuela, sí, también su abuela. Él vivía en aquella casa con esas cuatro mujeres. La hija tenía dieciocho años y la abuela ochenta. Él era ingeniero en genio civil. La madre de su mujer tenía casi sesenta años y era sordomuda. Cuando murió, trabajaba en una obra de provincias, era una obra donde él dirigía la construcción de una quesería industrial. Por esa época, regresaba a casa únicamente los sábados por la noche. Volvía al tajo los lunes por la mañana, hacia las ocho. El lunes por la mañana su mujer no iba al trabajo. Era gerente de una tienda de instrumentos musicales, vendía violines, pianos, flautas y baterías. Ella era más joven que él, se llevaban doce años. Él llevaba unos diez años ejerciendo de ingeniero, ese fue su segundo oficio. El primero fue el de

profesor de gimnasia, había hecho atletismo, había estudiado educación deportiva. Cuando tú naciste, daba clases de gimnasia a sordomudos, en una escuela especial. Se enteró de tu nacimiento por teléfono. Por entonces no había muchos teléfonos. Supo de tu nacimiento a eso de las nueve de la noche y tomó un taxi para ir al hospital. A ti te encantaba ir con él en taxi. Cuando el taxi pasaba de un tramo asfaltado a otro adoquinado, te gustaba el cambio de sonido de las ruedas sobre el pavimento. Ese sonido de las ruedas del taxi sobre los adoquines era para ti como una carga de caballería, te gustaba jugar al jinete lanzándose contra el enemigo. Le dio una gran propina al taxista y a lo largo del trayecto le dijo varias veces que acababa de ser padre. Salió del taxi, recorrió a la carrera el camino hasta el área de maternidad, subió los peldaños de la escalera de tres en tres, llegó a la puerta y tocó el timbre. El recepcionista de la maternidad salió para decirle que no podría verte fuera del horario de visitas. El recepcionista de la maternidad ya se relamía pensando en una buena propina y le dijo que tendría que volver a la mañana siguiente, a partir de las diez. Entonces tu padre le partió la cara a ese portero, le pegó dos puñetazos, primero apuntó al ojo derecho y luego a la boca. Y hala, dos puñetazos en plena cara para el recepcionista de las salas de maternidad. Luego subió solo, empezó a abrir las puertas de todas las salas y habitaciones mientras llamaba a tu madre por su nombre. Os encontró enseguida y ni los médicos ni las enfermeras de guardia pudieron impedir que os viese a las diez de la noche. Sabía que eras prematuro. Naciste sietemesino y, cuando entró en la habitación donde estabas con tu madre y te vio en la incubadora, le dijo a la enfermera: «¡Salga!», y ella salió inmediatamente y él te cogió en brazos, te besó y dijo

que tenías una nariz muy grande. Besó a tu madre. Te llevaba en brazos y sonreía sin parar en ese cuarto de hospital. Pero no tienes una nariz grande, tienes su misma nariz. No se quedó mucho rato en la maternidad. Permaneció allí más o menos un cuarto de hora y luego bajó y salió, pasando junto al recepcionista al que dos enfermeras le estaban curando la cara. Fue en busca de sus amigos. Encontró a una decena de ellos y les invitó al mejor restaurante de la ciudad, les convidó a comer y a beber durante toda la noche. Les habló de ti y de tu nariz. Y cuando un vendedor de rosas entró en el restaurante, le llamó por señas y le compró todas las flores. Regresó por la mañana temprano a la maternidad, bajó del taxi con todas esas rosas en los brazos. Le abrió el recepcionista de la víspera, tenía los labios hinchados y tumefactos y un ojo cerrado por la hinchazón de la mejilla. Le abrió la puerta de la maternidad, tu padre entró sin pronunciar palabra y el recepcionista cerró la puerta y volvió a meterse dentro de su garita de portero. Tu padre le dio todas las rosas a tu madre. Físicamente, te pareces a él. Dicho esto, no te pareces a nadie de la familia. Una vez, tu madre te dijo que eras hijo de Dios porque ella no quería tener hijos. Trabajaba mucho y su trabajo la obligaba a estar lejos de casa, era contable y se pasaba la vida de un lado a otro, siempre en marcha. Comprobaba las cuentas de varias empresas. No quería niños. Cuando se quedó embarazada de ti, era tu padre quien quería tu nacimiento. Tu madre te ha contado que ella misma pagó el aborto. Cada vez que iba al hospital para abortar, él iba con ella. La acompañaba y de camino lograba persuadirla cada vez de dar media vuelta y regresar a casa. Le hizo desandar el camino del aborto. Cuatro veces se las apañó para convencerla de que no abortase. A la cuarta, cuando ella quiso ir al

hospital, le dijo que ya era imposible, nadie aceptaría realizar ese aborto porque ya era demasiado tarde. Estabas ya muy crecido en el vientre de tu madre, nadie podría ya contigo. Y así fue como tu madre se quedó contigo. Tus padres se querían mucho. Y te quisieron mucho, desde el principio. Esa historia de aborto es una historia de Dios, por eso te dijo tu madre que eras el hijo de Dios. Quería decirte con eso que la muerte te llegará por voluntad divina, no de mano de los hombres. Tu padre le transmitió la voluntad de Dios, así interpretó ella su deseo de conservar al niño. Y ahora tú estás aquí. Estás aquí, conmigo. Hablamos, nos miramos, tenemos muchos recuerdos que contarnos. A veces hablas como yo. Pero la mayor parte del tiempo hablas como nadie más lo hace, jamás he conocido a nadie que hablase como tú. Tengo noventa y ocho años y a lo largo de toda mi vida nunca he conocido a nadie que hable como tú, ¿entiendes? He hecho las dos guerras mundiales. He sido combatiente en las dos guerras mundiales. A tu padre le gustaba que le contase historias de guerra. Ah, era un guerrero, tu padre. Un luchador que jamás transigió con esa historia del partido único. En las reuniones de empresa, siempre se la armaba a alguien, miembro del partido único o lameculos del partido único. Los lameculos del partido único eran lameculos del partido único porque querían convertirse en miembros del partido único. Tu padre no le lamió el culo a nadie, nunca quiso entrar en ese partido único. Cuando murió, te envió dos telegramas. Con el primero quería prevenirte, quería irte preparando para la mala noticia. En el segundo te decía: «Papá ha muerto». El servicio de Correos hizo que el segundo llegase en primer lugar. Y otro, en el que te decía que papá se encontraba mal, llegó después. Me has dicho que estabas en el río, pescando

con tu caña. Tu tía fue a la orilla del río, lloraba y te llamó y te dijo que tu padre había muerto. Sacaste del agua el hilo de tu caña de pescar, recogiste el anzuelo con la mano, le quitaste el gusano, clavaste el anzuelo en la caña y echaste a andar dentro del agua, ibas hacia la orilla, donde tu tía lloraba y te decía que lo que te pasaba era una desgracia, una verdadera desgracia. Has dicho que llevabas en una mano la bolsa de plástico que contenía los peces que habías pescado. Habías capturado alrededor de dos kilos de pescado. Caminabas por el agua, con la caña de pescar sobre los hombros, y pensabas en tu padre y mirabas el agua del río y a tu tía, que te esperaba en la orilla, y mirabas los álamos que crecían en la orilla donde aguardaba tu tía y pensabas en tu caña de pescar hecha a partir de un carrizo. Hacía calor. Vestías un *short* y en uno de sus bolsillos llevabas una caja de cera en la que guardabas los gusanos para la pesca. Tenías en ese bolsillo esa caja metálica con su tapa agujereada para que los gusanos pudiesen respirar. En el otro bolsillo tenías otra caja, de plástico, era una caja de medicinas y en ella guardabas tus anzuelos de reserva. Tenías varios anzuelos de reserva. Llevabas puesto un cinturón de cuero y de él pendía, dentro de su funda, tu cuchillo de pesca. Tu cuchillo de pesca, hecho con una de mis bayonetas de la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo bien el día en que te di esa bayoneta. Te aproximabas a la orilla y veías a tu tía que llevaba un delantal rosa y pensabas que habría estado preparando la comida. Pensabas en tu padre. Lo habías visto hacía dos meses. Te había comprado una bicicleta. Una bicicleta como recompensa por aprobar el examen. Dos meses antes, tu padre y tú habíais celebrado tu entrada en el instituto. Tú querías una bici de carreras y él te compró esa bici de carreras. El agua del río estaba cálida-

da y saliste de ella, te subiste a la orilla donde tu tía lloraba y decía: «Era un buen hombre, tu padre». Cogiste la bolsa de plástico con los peces y se la diste a tu tía. Ella la tomó y os fuisteis hacia la casa por el camino que bordea la orilla del río. Anduvisteis bajo las ramas de los sauces y de los álamos. Cuando la orilla del río llegó a la carretera, tomasteis el camino que lleva a la casa de tu tía y cada vez que os cruzabais con alguien ella le daba la mala noticia, se detenía unos segundos y decía: «Su padre acaba de morir». Tú mirabas a tu tía y a la gente que acababa de enterarse de que tu padre había muerto. Ibas descalzo. Hasta llegar a la casa de tu tía, os encontrasteis con varias personas que vivían en la misma calle, gente que conocía a tu padre y que de golpe se enteraba de la noticia de su muerte. Tú callabas. Entraste en el patio de la casa de tu tía y sacaste la caja de los gusanos, le quitaste la tapa y arrojaste los gusanos sobre la tierra de los rosales, a la sombra, y viste cómo los gusanos empezaban a moverse y a buscar agujeros en la tierra de los rosales, se metían dentro de esos agujeros en busca de su frescor. Tapaste de nuevo la caja de cera y te guardaste en el bolsillo la caja metálica. Bordeaste la casa de tu tío hasta la terraza, depositaste en el suelo tu caña de pescar, te desprendiste del cuchillo de pesca colgado de tu cinturón, lo pusiste sobre la mesa de la terraza y luego sacaste de tus bolsillos la caja con los anzuelos de reserva y la caja metálica con la tapa agujereada. Colocaste esas dos cajas en el mostrador de madera instalado contra la barrera que separa la terraza del corral. Le dijiste a tu tía que te ibas a casa de tu abuela. Tu abuela vivía en la misma calle, a doscientos metros. Tú vivías con ella. En esa casa, tu abuela tenía dos habitaciones y un gran vestíbulo, y tenías esas dos habitaciones sólo para ti. Tenías catorce años, acababas

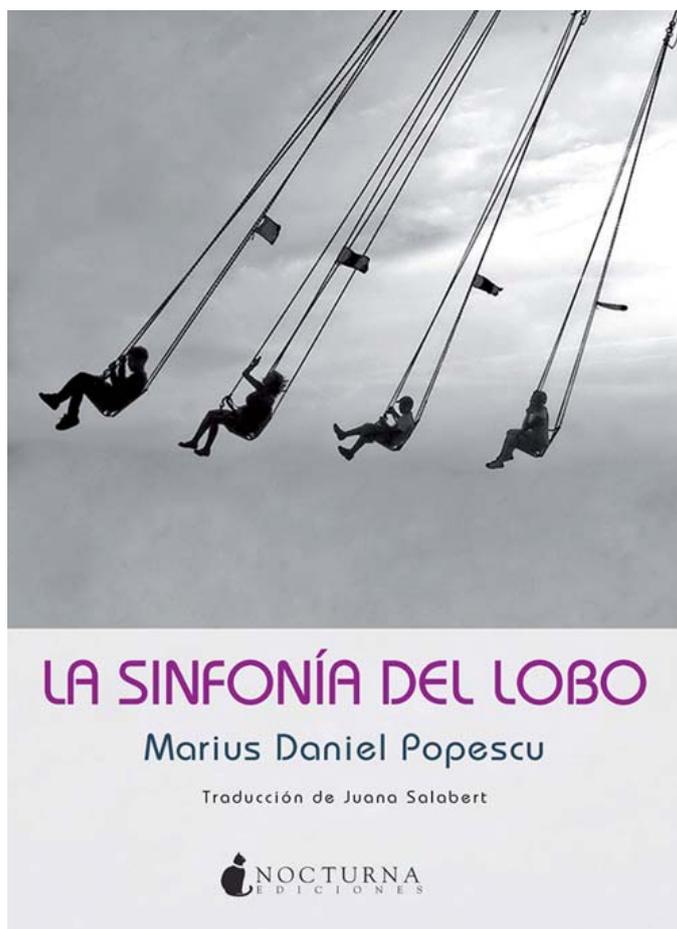
de cumplirlos. Recorríste a solas el camino entre la casa de tu tío y la de tu abuela. Pensabas en la muerte. La muerte de tu padre no era la muerte, te dabas cuenta de que la muerte de alguien no sería tu muerte. Comprendías que tu padre no volvería a hablarte nunca más y te decías que eso no significaba que fuese a dejarte para siempre. Entraste en el patio de la casa donde vivías con tu abuela materna y la viste, aguardándote en el umbral de su cocina de verano. Te dijo: «Ten valor, sé fuerte, todos terminamos bajo tierra, lo queramos o no». «Ha muerto joven, tu padre», añadió y acto seguido te preguntó si querías lavarte. Sacó de la cocina un taburete y una palangana de plástico, colocó la palangana sobre el taburete, delante de la puerta de la cocina, y fue luego por agua a la fuente del patio. Llenó de agua una enorme cacerola, la colocó sobre uno de los fuegos encendidos de la cocina, trajo luego el jabón y lo puso en el taburete, junto a la palangana. Estabas sentado junto a la puerta de la cocina de verano y observabas los castaños del patio y el cerezo. No pensabas en nada. Mirabas tus brazos cruzados sobre las rodillas y tus pies descalzos, mirabas a la gente que pasaba por la calle, la reconocías a través de las rendijas de la empalizada. Ella vino con agua caliente, echó varios litros en la palangana, después trajo agua fría, que añadió a la caliente, probó la mezcla con sus manos, dijo: «Está bien de temperatura, puedes empezar», y se volvió a la cocina. Tu padre era una especie de rebelde que siempre iba de frente con todo el mundo y les decía a todas las cosas a la cara. Tomaste el jabón y allí de pie, delante de la palangana colocada sobre el taburete, metiste una mano en el agua y empezaste a mojar te los brazos, los hombros, el cuello, el pecho. Enjabonaste tu cuerpo mientras pensabas que no veías demasiado a tu padre. Lo veías

SIGUE LEYENDO

A la venta: 30-09-2013

La sinfonía del lobo

Marius Daniel Popescu



ISBN: 978-84-939750-5-0. PVP: 19 €



www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)
Distribución en Latinoamérica: Azteca (www.aztecadifusoradelibros.es)